

Lorenzo bramó de desesperacion, y pateando por el despacho rugia mesándose el cabello.

—¡Imposible!... ¡Imposible!...

Lanzóse al fin á la calle, y á las doce de la noche, aun no habia vuelto á su casa. Alarmada doña Tula envió recados á varias partes, en busca de su hijo; mas en ninguna pudieron encontrarle. Allá muy tarde, cerca de la una, entró al fin Lorenzo taciturno y sombrío, mas no desesperado: entróse en su alcoba sin responder á las preguntas de su madre, y se encerró por dentro...

Súpose despues, por una singular coincidencia, que habia estado aquella noche tres horas largas en casa de un famoso misionero, que predicaba á la sazón en la ciudad los sermones del Adviento.



XI



los nueve dias de muerto D. Benito, doña Tula hizo celebrar en una Iglesia lejana solemnes exequias por el descanso eterno del difunto. Algunos manifestaron su extrañeza, de que tan pomposos funerales no se celebrasen en la Parroquia misma. Mas doña Tula, con los ojos bajos y el afligido continente que á su dolor correspondia, contestó con sus blandos arrullos de tórtola viuda.

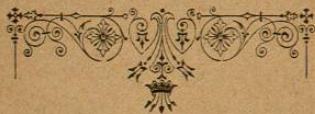
--Pues es muy sencillo... Ese señor Cura es muy bueno, muy celoso... ¡Pero tan ordinario!... tan entrometido... tan aficionado á imponer su voluntad, que me gusta tenerlo siempre á cierta distancia... Beni no lo miraba bien por eso; y yo me he de guiar siempre por lo que pensaba

aquel pobrecito mio... Quiero que su gusto se cumpla... Que su voluntad se respete en todo...

Aquí se enterneció nuevamente la esposa modelo, y para consolarla los amigos entonaron el coro oficial de alabanzas del difunto. Doña Tula, enjugándose los ojos, repetía su acostumbrado estribillo.

—¡Era un santo!... ¡Era un santo!...

El concertante resultaba patético: sólo Lorenzo desafinaba un poco. Miraba de soslayo á su madre, y se sonreía amargamente...



EL CAZADOR DE VENADOS